



El Club de Lectores

ATISBANDO LA NOVELA

No es falso afirmar que intentar la valoración de la novela, es intentar la valoración del hombre mismo.

La literatura es un fatigoso ejercicio de prodigios al alcance de todos los mortales y a la vez de ninguno. En su espléndido cosmos brilla cual cansada constelación la novela.

La historia de la humanidad tiene, como es sabido, mucho más de una versión. La novela - niña traviesa - nos cuenta la suya, con imaginación y fantasía, a todas luces exquisita y polémica.

Hoy la novela ha envejecido mucho. Mas no por ello debemos prever su cercana o al menos inminente muerte. Recurramos a concepciones cíclicas y no lineales y encontraremos ¡oh sorpresa!, que no siempre las cosas (la novela, la historia, la humanidad quizás) tienen un principio, un camino y un final.

Sorpresa, porque a la novela se la ha venido encasillando tradicionalmente en esa clase de esquemas lineales y férreos, hasta lo absurdo de calificarla de tal o, de juzgar su calidad, por el grado de sujeción a dichos esquemas. A Dios gracias nos llegó un redentor: Joyce.

A partir de allí la línea recta se curva, como el universo de Einstein y nacen nuevas concepciones y rasgos que descreen de las normas tradicionales.

Hoy es harto difícil analizar una novela. Se trata de encontrar ya no «el esquema», sino el propio esquema. Desde Faulkner, Huxley o Woolf hasta Cortázar, Lezama o Kundera, el complejo mundo de la novela nos exige una visión cada vez más lúcida para poder penetrar en su mundo (Onetti lo sabía muy bien).

Quizás un grato ejercicio resultante de la placentera lectura sea comparar maestros de siglos pasados como Tolstoi, Balzac o Hugo en esferas alineadas y delimitadas una tras otra, con los círculos envolventes y hasta desconcertantes de la novela moderna y salir embriagados de las regiones últimas de las posibilidades del lenguaje, donde deliberadamente omitimos a Cervantes, por ser como se sabe el arquetipo, no por ello hoy menos brillante.

Benjamín Chávez

LA SOLEDAD DEL LECTOR

Entra, y quizá por mucho, en el ámbito del lector un factor relacionado con el grupo de ideas, soledad, retraimiento, retiro y hasta clausura. Tiene el que lee a lo señero. Hay una página de las que más honran al homo sapiens en los *Essays* de Montaigne, la dedicada a su biblioteca. Si escrita en prosa, todos los amantes de los libros la trocarán al ir leyendo en pura fruición poética, entendiéndola por poesía. Describe la torre, donde tenía, sus libros, de piso en piso, como de estrofa en estrofa, y cuando llegamos a lo alto se nos entrega, como en un verso final, toda la hermosura del alma contemplativa. Así dice uno de los grandes Migueles de su librería: "Ésta es mi sede. Hago lo que puedo por sujetarla a mi puro dominio, por sustraer este único rincón a la comunidad conyugal, filial y civil". Errará el que tome estas palabras por misantropía y esquividad; rezuman sensibilidad pudorosa, alta delicadeza de alma.

Porque la soledad del lector es más aparente que verdadera, y sólo puede llamarse soledad si se piensa en la compañía de coetáneos, de prójimos de carne y hueso. Entre los variados matices de la situación de soledad, éste del que lee tienta mucho a la curiosidad. Porque representa un estado intermedio entre el estar solo y acompañado; se está solo sin estarlo, y es viva contradicción entre una apariencia y una realidad. Habría que revisar el verso campoamorino, "la soledad de dos en compañía", lastrado de pesimismo escéptico, y convertirlo en "compañía de dos, en soledad", rebosante de creencia optimista.

Larga sería la lista de referencias a los libros como una sociedad, grupo, de socios o amigos, siempre ofrendando su compañía. A lo que Quevedo escribe, en un soneto, de sus horas de lectura:

*Vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos,*

hace eco Unamuno, con encendidas palabras en un ensayo. Petrarca, en su Epístola de *Rebus Familiaribus*, registra su trato con ellos, y cómo los siente a él unidos por una viva familiaridad. "Se sientan a desayunar conmigo, y conmigo vienen de paseo antes de cenar", asegura Hazlit. Cuenta Leight Hunt de haber visto a Charles Lamb dar un beso a la traducción de Homero, de Chapman. Y, por su parte, añade: "Cuando hablo de estar en contacto con mis libros, lo digo literalmente. Me gusta poder apoyar la cabeza en ellos". Lo cual es casi reclinarse el rostro sobre el amado.

Porque esa busca de apartamiento, cuando llega el momento de la lectura, en algo se toca con el impulso que lleva a los enamorados hacia las soledades para sus pláticas. El lector se recrea con el libro; pero para eso tiene que re-crearlos él. Anatole France decía que en fin de cuentas un libro tiene tantos ejemplares como lectores; aludía a ese acto de mutua posesión y entrega incluso en la lectura profunda. Va el leer mejor más allá del enterarse, del entender, del disfrutar: es recibir y vivirse reviviendo. Y así el creador del libro se siente seguido en los siglos por un largo séquito de recreados y recreadores, participantes todos en la faena de mantener la obra en vida. Es probable que así como el agua del Ganges o del Amazonas no ha parado de correr, desde su origen, haya habido ciertos libros que no dejaron de ser leídos ni un solo día, desde que se escribieron, por ojos humanos tras ojos humanos, en los lugares más distanciados de la tierra. Que en estos momentos haya alguien que reviva a Helena en su Troya, a Fausto en su laboratorio, a Emma Bovary en su provincia, y haciéndolo, se convierta momentáneamente en una onda de esos enormes caudales alumbrados por Homero, Goethe o Flaubert, la vida incandescente del libro, misión encargada a sus lectores sucesivos. Para mí, si el lector se inclina a retraerse cuando va a leer, es porque se siente encaminado a un acto de amorosa comunicación, al que conviene cierto recato. El mismo recato que se imponía a otras formas más groseras de la relación de amor, las osculatorias, antes de que Hollywood se las entregara a las miradas de la humanidad, a cada cinco minutos, a lo más tardar, de cada película, convirtiendo el beso en fuente de ingresos dinerarios, tan productiva como la manufactura de tostadores eléctricos o la cría de aves, en formidable pilar de big business.

PEDRO SALINAS (1891-1951) escritor español, miembro de la generación del 27. Ha publicado "Seguro Azar" (1929), "La Voz a Ti debida" (1934) y "Razón de Amor" (1936).



el cuenco

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR:

Luis Urquieta Mollada

CONSEJO EDITOR:

Alberto Guerra Gutiérrez

Edwín Guzmán Ortiz

Benjamín Chávez Camacho

Erasmo Zarzuela C.

COORDINACION:

Julia Guadalupe García Ortega.

Cañilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura